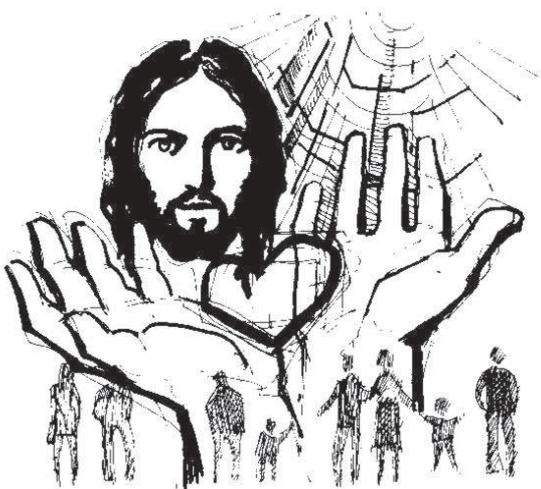


Un buen documento, pero más religioso que cristiano

Pedro Trigo, s. j.*



En noviembre pasado se celebró la quinta sesión del Concilio Plenario Venezolano. En el número anterior de SIC dimos cuenta de la marcha de la sesión y de dos de los tres documentos aprobados. En este artículo abordaremos el tercero, que versa sobre liturgia. Para comprender y valorar correctamente el documento aprobado hay que remitirse, tanto al documento sobre liturgia del concilio Vaticano II como al ambiente cultural actual. Por eso, más que analizarlo pormenorizadamente, creemos conveniente referirnos a su sentido global, ya que el texto encierra una gran coherencia interna.

La teología de los misterios

El documento sobre liturgia que aprobó el Vaticano II fue el único que no elaboró el concilio, el único que aceptó la asamblea de los documentos que le fueron presentados. Este documento fue el primero que se publicó y se puso en práctica y fue acogido con verdadero entusiasmo. ¿Qué decía el documento y por qué fue recibido tan calurosamente? El documento era expresión cabal de la renovación litúrgica que había nacido en Alemania en el ambiente de varios monasterios benedictinos y que en los años cincuenta, acogido por la institución eclesiástica, estaba penetrando con fuerza en la mayoría de las parroquias de Europa y Estados Unidos y, aunque más tímidamente, en América Latina.

La liturgia postridentina, y el ejemplo más visible era la misa,

había caído en el juridicismo más intrascendente. La incomunicación entre el sacerdote, que recitaba fórmulas y oficiaba ritos de espaldas al pueblo y en latín, y los fieles era total. Por eso la campanilla avisaba que el sacerdote estaba consagrando para que los fieles adoraran al Santísimo mientras el oficiante lo elevaba. Como la misa la celebraba únicamente el sacerdote y de espaldas al pueblo, había que llenar el tiempo en devociones para que los asistentes no se distrajeran y perdieran su tiempo. La teologización sobre el valor infinito de la misa se estrellaba ante el hecho macizo de que el modo como se celebraba no lo expresaba.

La teología de los misterios hizo ver el sentido del misterio y el valor de lo simbólico y ritual como vía de acceso. Por eso diseñó ambientes hermosos y que de hecho significaran lo que se celebraba así como propició la configuración real de la comunidad celebrante, y la participación de todos mediante posturas, respuestas y cantos. Para abrir a los fieles el sentido de la liturgia se impartieron muchos cursos, se inició a la asamblea en la simbología y el canto litúrgico y se propició un clima de verdadera unción. Se publicaron tanto libros de teología al respecto como guías para la asamblea y cantorales. Se renovó el vestuario litúrgico, la imaginería, el arte del vitral, e incluso se construyeron muchos templos que expresaran el misterio que iba a acontecer en ellos. En Venezuela tenemos un ejemplo sobresaliente de esta arquitectura: la pa-

roquia de la Asunción en el 23 de enero, construida por Villanueva. La forma del templo es como medio embudo: La entrada al templo es baja y ancha y el edificio se va elevando y estrechando a medida que se va acercando al altar centrándose en torno a él. La única luz que llega al templo es la luz cenital que cae sobre el altar. Como el techo es como un lienzo tendido (por fuera, como una escala, la escala de Jacob) no vemos la luz que viene de lo alto, pero en su luz vemos, desde nuestra penumbra, lo que acontece en el altar. Una manera espléndida de subrayar la trascendencia del misterio, ya que no vemos la fuente de luz, y de expresar su función: ver todo a su luz, que no empaña su trascendencia.

Este ejemplo nos introduce en el corazón de esta teología: En el misterio de la acción litúrgica, sobre todo en la misa, pero también en el misterio del tiempo sagrado (el año litúrgico) y del espacio sagrado (el santuario), se opera la comunión real entre la divinidad y los seres humanos. Se opera por libre y misericordiosa condescendencia de Dios. Y se opera por la vía ritual, que contiene la viva memoria de Cristo y el horizonte completo de la redención. El tiempo cotidiano es, tanto para prepararse a este encuentro con lo luminoso, encuentro que nos da peso y densidad, que nos cristifica, como para producir los frutos de ese contacto en una vida que trasunte humanamente a Dios.

Esta propuesta era tan incomparablemente superior al horizonte disciplinar y moral posttridentino, que los cristianos más fervorosos, que habían vivido en un frío ayuno, la recibieron con verdadera ansia. Por eso el documento pasó sin mayor discusión.

Del secularismo al reencantamiento

Hoy, por otras razones que las de comienzos de los años 60, también viven los cristianos y más en general la gente sensible, en un pavoroso desierto. El totalitarismo de mercado, que lo concentra todo en la producción y el consumo y que demanda una entrega frenética al

ritmo cada vez más galopante de esas magnitudes para que aumente la tasa de ganancia y siga en movimiento el sistema, produce una verdadera desolación. Este vacío se torna inaguantable, y de ahí la sed de experiencias de mayor calado. El mercado proporciona todo tipo de sucedáneos en la sección de artículos religiosos del Gran Bazar Cultural; pero como no pasan de eso, los que no aceptan unidimensionalizarse, están en búsqueda de una auténtica religación. Por eso hoy renace el reencantamiento de la naturaleza y de la persona y la emoción estética religiosa.

El modo actual de celebrar y la propuesta del documento

En este ambiente se comprende que esta propuesta litúrgica tenga sentido y aceptación. Entre nosotros no está tan extendida porque exige mucho esmero, tanto en la configuración de ambientes como en la cuidadosa puesta en escena de las celebraciones. Eso requiere del celebrante un cierto refinamiento estético, así como una gran motivación para que vaya trabajando a su feligresía hasta que cuaje una auténtica comunidad celebradora.

La mayoría de nuestras celebraciones siguen siendo tan rutinarias como antes del concilio Vaticano II. Antes se daba en no pocos celebrantes una verdadera devoción, que, aunque se expresara de ese modo recoleto que parecía privado, llegaba, sin embargo, a los que asistían a la misa. Muchos pensaron que la liturgia no estaba actualizada porque se hacía en latín. Ahora queda claro que es incomprendible porque tiene que trasversarse en gestos de nuestra cultura. Pero, a pesar de ser verdad que la inculturación litúrgica es una asignatura pendiente, también es verdad que falta en muchas ocasiones el respeto y cariño del celebrante y la responsabilidad con la comunidad cristiana reunida.

En este sentido muchas de las observaciones y de las propuestas y determinaciones que se hacen en el documento aprobado en noviembre pasado pueden contribuir a mejorar bastante las liturgias que se celebran entre nosotros.

La propuesta de Jesús

Y sin embargo el documento aprobado no nos parece que hace justicia a la propuesta de Jesús de Nazaret, tal como la plasman los evangelios. También nos parece heterogénea a lo que produjo el Concilio, sobre todo sus últimos documentos entre los que destaca la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual (*Gaudium et Spes*) que es su expresión más completa.

La diferencia es que la teología de los misterios expresa la religión cristiana y no el cristianismo que se expresa también religiosamente. Vamos a explicarlo. El esquema de las religiones es dicotómico y sustitutivo: dicotómico en cuanto está montado sobre la diferencia entre lo sagrado y lo profano. A Dios se lo encuentra en el espacio y tiempo sagrados, a través de los ritos sagrados, por la mediación del ministro sagrado, que es el sacerdote. En una religión revelada, se entiende que esos ritos han sido instituidos por la misma divinidad, que es también la que de un modo u otro ha consagrado al sacerdote, separándolo de lo profano y dedicándolo a sí mismo en favor de los demás. La sustitución es la esencia del esquema sacrificial: la entrega de uno mismo para dedicarse sólo a Dios queda sustituida por la entrega de un presente que representa al oferente, presente que se consume (el holocausto) o que queda en manos del sacerdote, es decir en las de Dios (la ofrenda), o que se comparte entre el sacerdote (es decir entre Dios) y los fieles (el sacrificio de comunión).

Es obvio que Jesús no fue sacerdote, él no actuó ritualmente, utilizó los espacios sagrados (el templo y las sinagogas) no para el culto sino para dirigirse al pueblo reunido. Él actuó en la vida, habló el lenguaje de la vida, y sobre todo recibió la comunicación de Dios y se comunicó con él en la vida. Por eso pudo ser teorizada su vía de acceso a Dios diciendo que, como él percibió que Dios no quiere sacrificios ni ofrendas, por eso, como sustitución a ese mundo de la religión, se entregó a Dios cumpliendo su voluntad, viviendo no para buscar su gloria ni cumplir su de-

signio sino para buscar la gloria del Padre y hacer su voluntad. Y su voluntad no era nada arcano sino hacerse hermano de todos, empezando por los de abajo y los despreciados como pecadores, para revelar que Dios es un Dios humano, comprometido como padre materno con toda la humanidad.

Desde la propuesta de Jesús ¿cómo se relaciona uno con Dios? Haciéndose hermano de todos en seguimiento de Jesús y animado por su Espíritu, que es a la vez de hijo y de hermano. Hacerse hermano significa fundamentalmente hacer el bien a todos, vencer al mal a fuerza de bien y “enredarse”, vivir una vida compartida, no sólo con los míos sino tendencialmente con todos los seres humanos, es decir privilegiar el vínculo de la condición y familia humana sobre el de origen, interés y complacencia.

Ahora bien, porque hemos establecido que el acceso a Dios no se da por vía ritual sino en la vida fraterna de las hijas e hijos de Dios, tenemos que explicitar que una de las manifestaciones de esta vida es la celebración. Los seres humanos somos animales simbólicos y el símbolo es el modo de expresar la entraña trascendente de la vida, tanto la gratuidad en que consiste, ya que está fundada en el amor materno del Padre, como lo que nos agracia responder al amor de Dios saliendo de nosotros mismos y yendo servicialmente a los demás. Más aún, como es Jesús el que nos ha revelado este camino y ha ido delante de nosotros, abriéndolo con su entrega, la celebración de la vida fraterna de los hijos e hijas de Dios incluye como un elemento imprescindible, la memoria viva del hermano mayor. La forma que toma esta celebración es la conmemoración de su cena de despedida en la que nos dio el símbolo de lo que había sido su vida: nos dio en el pan y vino su vida entregada y nos encargó que hiciéramos nosotros lo mismo, es decir que entregáramos a otros esa vida que él nos daba. Y nos añadió que ése era el modo como él deseaba que lo recordáramos. Y nosotros lo hacemos con ternura agradecida que nos compromete.

Así pues, para nosotros es muy querida la misa (y analógicamente

toda la liturgia), es en verdad muy hermosa y muy sabrosa, aunque también muy comprometida, lo es como nos es imprescindible por su valor humanizador un banquete de amigos comprometidos en la misma dirección vital, como los esposos desean y necesitan hacerse el amor para mostrárselo y ejercitarlo de este modo tan humano. Pero el amor de los esposos no puede descansar en ese acto simbólico. Él tiene una densidad en sí y por eso es preciso hacerlo con toda delicadeza y creatividad; pero su valor le viene del compromiso de los amantes en el resto de la vida, empezando por la adquisición de los bienes materiales y continuando por el modo de hacerse humanos cada uno abierto al otro. Lo mismo pasa en el cristianismo: el valor de la misa depende de la participación global en el seguimiento de Jesús. Si éste no se da en una medida apreciable, o bien no se da el encuentro simbólico o éste se convierte en algo tremendamente doloroso al captar la inconsecuencia entre la pretensión de comulgar simbólicamente y la falta de comunión vital. Cuando Pablo dice que el matrimonio encierra un gran misterio y que ese misterio consiste en la afinidad real entre el amor de los esposos y el de Cristo a su Iglesia, no se está refiriendo en primer lugar al acto sexual sino a ese amor que se expresa en la vida y que se simboliza en el hacerse el amor. Lo mismo en la misa: acontece el misterio de la comunión con Jesús si existía previamente la comunión en la vida, en el compromiso con los pobres, en la creación de la comunidad, en la apertura a la Palabra para que lea la vida. Si se da esta comunión previa, la comunión eucarística la expresa e incrementa, la expresa no sólo de nuestra parte sino de parte de Dios, como también es el Espíritu Santo el que ama en el amor de los amantes que se entregan genuinamente.

El documento aprobado por el Concilio Plenario Venezolano carece de esta referencia primordial a la vida en seguimiento de Jesús, de la que la liturgia es símbolo. El faltar esa referencia imprescindible, lo que es relativo, es decir referido al seguimiento, se absolutiza. Al

absolutizarse, cambia de sentido: de celebración de la vida cristiana se convierte en la fuente de ella. Se recae en el esquema de la religión: el encuentro con Dios se realiza en el espacio y tiempo sagrado por la mediación del ministro sagrado a través del rito sagrado. No es ésa la propuesta de Jesús. Aunque sí ha sido una y otra vez la propuesta de los cristianos. Es más barato sumergirse en el seno materno del templo, sobre todo si es hermoso, y en la sublimidad del culto, si la ceremonia es digna, que el esfuerzo denodado y a contracorriente de seguir a Jesús. Pero sólo a través de este seguimiento se puede gustar la belleza de la Cena del Señor, que no equivale a un rito antiguo sabiamente elaborado.

**Miembro del Consejo de Redacción*